

ba en su derecho y lo mantuvo como hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer y las hostilidades se reabrieron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura yabría nuevamente su doble campaña militar y diplomática sobre Lima, bajo la bandera blanca del armisticio de Punchauca (véase cap. XIX, § 5).

La opinión revolucionaria y las armas independientes habían hecho grandes progresos, antes y después del armisticio. La guerra había cambiado de faz. Montilla, con la expedición embarcada en la escuadrilla de Brión, se había apoderado de Río Hacha y Santa Marta, y sitiaba á la sazón á Cartagena por mar y tierra, con un ejército de 3.000 hombres y amenazaba el bajo Magdalena. Bolívar, dueño de las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, tenía en campaña al frente del enemigo dos ejércitos en el occidente, uno de 5.000 hombres en Barinas, y el del Apure á órdenes de Páez, compuesto de 4.000 hombres de caballería á su retaguardia. Bermúdez, con otro ejército de más de 2.000 hombres, amenazaba por el oriente la provincia de Caracas. El ejército de Nueva Granada, apoyaba á Montilla en el valle del Magdalena y mantenía la guerra por la parte del sud. La Torre, reducido á la defensiva adoptada por Morillo, contaba todavía con 9.000 hombres en campaña, además de las guarniciones de las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento, y se sostenía en Cumaná, Barcelona, Guayra, Puerto Cabello y Cartagena que resistía (7). Perdido Maracaibo, sus comunicaciones quedaban cortadas, y los independientes podían combinar libremente las operaciones de los ejércitos de Nueva

(7) Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Americana », t. III, pág. 234, dice: « Las fuerzas con que podía contar La Torre para abrir » esta campaña, alcanzaban á 12.000 hombres, incluso las guarniciones ».

Granada y Quito. Por la parte del sud, el ejército español que defendía el Perú, se encontraba completamente aislado, después de la invasión por San Martín y el pronunciamiento de la provincia de Guayaquil.

V

Bolívar abrió su nueva campaña haciendo invadir la provincia de Caracas por una división del ejército de oriente al mando de Bermúdez, la que después de ocupar la capital, y algunos triunfos y derrotas sucesivos, vióse obligada á evacuar el territorio conquistado, contribuyendo empero á distraer é inutilizar una parte considerable del ejército de La Torre. El Libertador, situado en San Carlos, llamó á sí la división de Urdaneta y parte del ejército del Apure, y al frente de 6.000 hombres de infantería y caballería, se puso en marcha sobre el enemigo. El general en jefe español, se reconcentró á vanguardia de Valencia con un ejército de cinco batallones, alguna artillería y una numerosa caballería mandada por Morales, que alcanzaban á poco más de 5.000 hombres (8). Esta inferioridad numérica se aumentó, por tener destacada La Torre una división de dos batallones y un escuadrón sobre su derecha en Barquisimeto, que amagada por otra de Bolívar, fué reforzada con otros dos batallones y un escuadrón, privándose así del concurso de cua-

(8) Torrente en « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, pág. 238, dice: « El ejército realista acampado en Carabobo, era precisamente » igual al insurgente ». Restrepo lo repite textualmente. Montenegro en su « Geografía general », t. IV, pág. 361, dice: « La fuerza total de las » tropas independientes alcanzaba á poco más de 6.000 hombres: la de » los realistas se acercaba á 5.000 ».

tro batallones y de dos escuadrones de sus mejores tropas.

Los dos ejércitos beligerantes maniobraban con los últimos ramales de la cordillera de por medio: el ejército realista, cubriendo las costas de Sotavento, que constituían su base de operaciones, y la ciudad de Valencia, llave de todo el valle que conduce á la capital y á las costas de Barlovento y Sotavento: el ejército independiente, procurando forzar el paso de la montaña. La Torre, en vez de disputar el paso de la cordillera, se limitó á cubrir sus gargantas con destacamentos, formando su línea en la extensa sabana de Carabobo, funesta á las armas realistas, y se atribuye á esta circunstancia la resolución del general español con el objeto de vengar en el mismo campo sus anteriores derrotas. Fué un error, que agregado á la división de sus fuerzas, presagiaba una nueva derrota.

Bolívar, marchando en masa sorprendió el principal desfiladero que daba acceso al llano, y desde allí dominaba con la vista el campo de batalla; pero para descender á él tenía que marchar en desfilada por otra estrecha garganta boscosa de la parte alta de la sabana, dominada por la artillería enemiga, á cuyo pie lo esperaban los batallones españoles formados en columna con sus escuadrones sobre los flancos y retaguardia prontos á cargar en su apoyo. En estas condiciones el ataque no ofrecía probabilidades de buen éxito. Bolívar trepidó; pero sus generales eran de opinión de seguir adelante. Cuéntase por un contemporáneo, que un guía que escuchaba la discusión, manifestó que conocía un camino por el cual podía tomarse al enemigo por el flanco (9). Bolívar lo interrogó minuciosamente, y convencido de la posibilidad de la empresa, dispuso que Páez, con 1.500 jinetes, el batallón Apure y la Legión Británica, atacase al enemigo por su

(9) Ducoudray-Holstein « Memoirs of Bolívar ».

punto más débil, que era su derecha,—izquierda republicana,—mientras él permanecía en observación sobre la altura con el grueso del ejército. Un abra del bosque por esa parte, permitía esta operación arriesgada; pero á su pie había que atravesar en desfilada un riachuelo de la sabana dominado por una colina que ocupaban los realistas.

El batallón Apure llevaba la vanguardia conducida por Páez en persona. La Torre, que comprendió la importancia del movimiento, se puso al frente del segundo batallón Burgos,—gemelo del primero rendido en Maipu,—y seguido por dos batallones más, sostenidos por fuegos de artillería, rechazó y dispersó al Apure á tiempo de salvar el obstáculo (10). Acude en su auxilio la Legión Británica, mandada por el coronel John Farrier; despliega con sangre fría en batalla; clava la bandera en el suelo; la primera fila hinca rodilla en tierra, y al grito de « Viva América libre! » rompe un mortífero fuego que restablece el combate (11). La infantería patriota se rehace, su caballería amaga el flanco derecho de la posición española; Farrier, agotados sus cartuchos, carga á la bayoneta con su intrépida legión; el enemigo pierde la altura que ocupaba, procura rehacerse más á retaguardia, pero la caballería realista derrotada, introduce el desorden en sus filas, y sus batallones deshechos se ponen en retirada, rindiéndose bajo la lanza de los escuadrones llaneros dirigidos por Páez. Un batallón, el Valencey, sostuvo valerosamente la retirada, y salvó el honor de las armas españolas en este día,

(10) Véase Clodart: « Hist. orgánica de las armas españolas ». t. X, pág. 390.

(11) Farrier fué el héroe de la batalla, á la par de Páez, y murió en ella. Unos le llaman John Farriar, y otros, entre ellos uno de sus compatriotas que le acompañó en la jornada y ha escrito sus recuerdos, le llama Thomas Ferrier. Probablemente se llamaría John Thomas. El diccionario biográfico de Colombia, no lo incluye entre sus héroes.

rechazando las repetidas cargas en una marcha de más de 30 kilómetros, hasta reunirse con los restos de su derrotado ejército, que se encerraron en Puerto Cabello (24 de junio de 1821).

Esta batalla, complemento de la de Boyacá, que ha sido llamada el Waterloo colombiano, aseguró para siempre la independencia de Venezuela y Nueva Granada, como Maipu y la expedición del Perú la había asegurado ya al sud del continente, concurriendo las tres á preparar el triunfo definitivo de la emancipación sud-americana.

VI

Bolívar entró por segunda vez triunfante en Caracas, y dominó casi todo el territorio de Venezuela. Los realistas sólo ocupaban Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena. Era sin disputa dueño del poder y nadie podía negarle la gloria de Libertador de su patria. Su mando político y militar, era una necesidad pública y un deber para él. Precisamente fué este el momento para hacer una de sus acostumbradas renunciaciones, con carácter de indeclinable, que sería una farsa indigna de su grandeza, si no tuviese su explicación. Dirigióse al congreso nacional que se había instalado en Cúcuta en víspera de la batalla de Carabobo (6 de mayo) y manifestó, que habiendo sido nombrado por el congreso de Venezuela, no se consideraba presidente de Colombia, y que sin los talentos que el puesto requería, porque su oficio era de soldado, si el congreso persistía en que continuara en la presidencia, « como él temía, renunciaba desde ese momento para siempre hasta el glorioso título de ciudadano y abandonaba de hecho las riberas de su patria ». Esta nueva renuncia era

una imposición ó era dictada por el orgullo. Era lo uno y lo otro.

El congreso de Cúcuta, compuesto de hombres civiles, en que prodominaba el elemento legista, era radicalmente republicano, y repugnaba tanto los abusos del gobierno militar implantado de hecho como las anti-democráticas teorías constitucionales del Libertador. Á oídos de éste llegaron las murmuraciones y sintió las resistencias cívicas que encontraban sus ideas de organización. Su renuncia era, pues, una protesta contra las acusaciones que le hacían y un medio indirecto de obrar sobre las opiniones dominantes en el congreso. Esto hace honor á Bolívar en medio de su poderío, porque prueba que las elecciones fueron libres, y que no pretendió ejercer presión sobre los diputados; pero hace más honor aún al congreso, que firme en sus creencias y resistiendo al imperio de la fuerza triunfante y al prestigio de la gloria, sostuvo con firmeza los verdaderos principios de la revolución sud-americana, impidiendo que el Libertador hiciese sancionar la constitución republicano-monárquica, con senado hereditario como la propuso en Angostura, y con presidencia vitalicia, como la impuso más tarde á Bolivia y el Perú, haciendo imposible así este bastardo sistema constitucional en Colombia. Esto prueba, como la resistencia de la República Argentina á los planes de monarquía, y la del Perú al plan de monarquización ideado por San Martín, que la revolución sud-americana era genuinamente republicana, y que sus libertadores no podían luchar contra esta irresistible corriente.

Firme en sus convicciones republicanas, el congreso de Cúcuta, no se dió por entendido ni de la protesta indirecta de Bolívar, ni de las resistencias armadas del pretorianismo. Tranquilamente, discutió y votó la constitución de Colombia. No sólo no consagró en ella el bello ideal de Bolívar, que era la presidencia vitalicia, con un senado hereditario, sino que

borró de la ley fundamental de la unión de Venezuela y Nueva Granada, el senado vitalicio que el congreso de Angostura había aceptado por transacción. Consignó en ella que el gobierno sería por siempre popular y representativo, y que el presidente duraría sólo cuatro años, y no sería reelegible. Que el general en jefe de los ejércitos de la república, no ejercería en campaña las facultades del poder ejecutivo, lo que importaba abolir la dictadura militar. Por último, que la constitución no podría ser reformada, sino pasados diez años. En lo único que coincidió con las ideas prácticas del Libertador, fué en proclamar el sistema unitario y en instituir que la república se dividiese en seis ó más departamentos administrativos, lo que fué un doble error, porque rompía la tradición histórica y violaba la ley orgánica, si bien montaba una poderosa máquina de guerra, violentando la espontaneidad de los pueblos. Bogotá fué declarada capital de la república, violando una ley geográfica, que introdujo un principio de disolución en la constitución de Colombia. En seguida, nombró á Bolívar « como él lo temía », presidente de la república de Colombia, y á Santander vice-presidente.

Bolívar, que había declarado solemnemente, que renunciaría hasta el título de ciudadano y se ausentaría para siempre de su patria, si era nombrado presidente, reiteró su renuncia, vaciada en el molde artificial de las anteriores. Después de repetir que estaba profundamente penetrado de su incapacidad para el gobierno, que no era sino un soldado, y que el bufete era para él un suplicio, que le alejaba del ejercicio del mando, concluía diciendo: « Si el congreso » general persiste, después de esta franca declaración, en » encargarme del poder ejecutivo, yo cederé sólo por obediencia ». Era borrar con el codo lo escrito con la mano y lo que todo el mundo sabía que haría al fin, porque ninguna otra cosa era posible. Al tomar posesión del cargo, obedeciendo al mandato del congreso, pronunció las palabras más

elocuentes de su vida, tan llenas de verdad como faltas de sinceridad. « El clamor de mi conciencia y de mi honor me » piden á grandes gritos que no sea más que ciudadano. » Siento la necesidad de dejar el primer puesto de la república, » al que el pueblo señale como jefe supremo de su corazón. » Yo soy el hijo de la guerra: el hombre que los combates » han elevado á la magistratura; la fortuna me ha sostenido » en este rango y la victoria lo ha confirmado. No son estos » los títulos consagrados por la voluntad nacional. La espada » que ha gobernado á Colombia, no es la balanza de Astrea. » Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un go- » bierno popular. Quiero ser ciudadano, para ser libre, y » para que todos lo sean ». Hermosas palabras, que convertidas en actos en su oportunidad, habrían hecho la grandeza política del Libertador, como hicieron con menos prosopopeya la de Wáshington, y que llevadas por el viento del olvido no aprovecharon ni siquiera como lección á su mismo autor.

El dictador de Colombia, reducido, — al menos teóricamente — á la condición de presidente constitucional de la república, y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigada grandes ambiciones, no era un déspota ni quería ser tirano. Tuvo la moderación que cabía en su naturaleza autoritaria, adherida al poder personal. Juró y promulgó modestamente la constitución de Colombia, recomendó á los pueblos su fiel observancia, y asumió el papel de guerrero que le correspondía, renunciando al ejercicio del mando supremo, que delegó en el vice-presidente de la república (12).

(12) En carta de 5 de octubre de 1821 (cuatro días después de recibirse de la presidencia de Colombia), escribía Bolívar á Montilla, desde Cúcuta: « Á mi llegada aquí, encontré ya sancionada la Constitución, que

Bolívar, á pesar de la moderación que ostentaba como soldado de la ley, no podía renunciar á la dictadura militar que ejercía de hecho, y que las necesidades de la época justificaban. Recabó y obtuvo del congreso una ley, por la cual se le constituía en árbitro absoluto del departamento de la guerra, dejando á su discreción organizar como lo entendiese mejor, las provincias que sucesivamente fuesen libertadas, — « las provincias de operaciones », como él las llamaba, — promulgando ó suspendiendo en ellas el imperio de la constitución, que sólo regiría en territorio no ocupado por las armas libertadoras (9 de octubre de 1821).

En el mismo día en que Bolívar se recibía de la presidencia de Colombia, Montilla entraba triunfante en Cartagena después de catorce meses de sitio, y le enviaba las llaves de las puertas de Nueva Granada (1.º de octubre de 1821). Las provincias del Istmo, Panamá y Veraguas, proclamaron casi inmediatamente su independencia, declarando su voluntad de unirse á Colombia, y las fortalezas de Chagres y Portobelo quedaron por los independientes (28 de noviembre de 1821). En Venezuela, los españoles sólo ocupaban las plazas fuertes de Cumaná y Puerto Cabello sobre la costa de Barlovento con 5.000 hombres. Para cuadrar el territorio de la república de Colombia, sólo quedaba Quito por someter. Hacia allí convergían las armas libertadoras de Bolívar triunfantes en el norte, y las de San Martín dueño de la mitad del Perú, con un pie en Guayaquil. La guerra del sud llamaba al Libertador.

» prohíbe al presidente ejercer en campaña las funciones del poder ejecutivo y dispone que éstas recaigan en el vice-presidente. Así, yo » marchó para Quito, sin otras facultades que las de un general en jefe » y las extraordinarias que quiera delegarme el congreso para las Provincias de operaciones ». (Cartas del Libertador en « Memorias de O'Leary », t. XXX, pág. 222-223).

Para completar el cuadro de la heroica lucha sostenida por Venezuela y Nueva Granada en pro de su independencia, (aunque sea anticipando el orden cronológico) relataremos rápidamente los últimos sucesos que le pusieron término glorioso, y fueron la consecuencia del triunfo de Carabobo.

Al trasladarse Bolívar al nuevo teatro de la guerra, dividió á Venezuela en tres departamentos militares, cuyo mando confió á Mariño, Páez y Bermúdez, bajo la dirección superior de Soublette (1.º de agosto de 1822). Poco después, la ciudad de Cumaná se rindió á Bermúdez (16 de octubre). Los españoles quedaron reducidos al estrecho recinto de Puerto Cabello, con una guarnición de 4.000 hombres. Morales, que sucedió por este tiempo en el mando á La Torre, desplegó una actividad y una energía asombrosas, cambiando momentáneamente el aspecto de la guerra. Con una expedición de 1.200 hombres, se trasladó por mar á la península de Guajira, se apoderó de Maracaibo (7 de setiembre), derrotó una división de 1.000 hombres que Montilla desprendió para hacerle frente (12 de noviembre), sublevó la provincia de Santa Marta y aseguró la provincia de Coro (3 de diciembre). Los republicanos reaccionaron prontamente con no menos energía y actividad. Santa Marta fué recuperada por Montilla, y Coro por Soublette (enero de 1823). El coronel José Padilla, que al frente de la escuadrilla independiente había contribuido eficazmente á la rendición de Cartagena, forzó la entrada del lago de Maracaibo bajo el fuego de las fortalezas enemigas, y derrotó la escuadra española que lo dominaba (24 de julio). Morales capituló (3 de agosto). La plaza de Puerto Cabello fué tomada por asalto por Páez (7 á 8 de noviembre de 1823). La guerra del norte de la América meridional estaba terminada.